

La conmemoración de la Revolución de Mayo.

Prensa gráfica, historia y política, siglos XIX-XXI

Guillermo O. Quinteros (Comp).

Centro de Historia Argentina y Americana
(FaHCE, IdIHCS, UNLP-CONICET)

Laboratorio de Estudios en Comunicación, Política y Sociedad
(Facultad de Periodismo y Comunicación Social)

Universidad Nacional de La Plata

2014

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por la Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Diseño: D.C.V. Federico Banzato

Corrección: Lic. Alicia Lorenzo

©2014 Universidad Nacional de La Plata

ISBN 978-950-34-1052-3

Serie Estudios / Investigaciones, 46

La conmemoración de la Revolución de Mayo : prensa gráfica : historia y política : siglos XIX-XXI /

. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata. . , 2014.

E-Book.

ISBN 978-950-34-1125-4

1. Revolución de Mayo. 2. Historia Política Argentina.
CDD 320.982

Fecha de catalogación: 22/07/2014

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decano

Dr. Aníbal Viguera

Vicedecano

Dr. Mauricio Chama

Secretaria de Asuntos Académicos

Prof. Ana Julia Ramírez

Secretario de Posgrado

Dr. Fabio Espósito

Secretaria de Investigación

Dra. Susana Ortale

Secretaria de Extensión Universitaria

Prof. Laura Agratti

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Decana

Dra. Florencia Saintout

Vicedecano

Prof. Carlos Ciappina

Secretaria de Asuntos Académicos

Lic. Andrea Varela

Secretaria de Extensión Universitaria

Lic. María Paula González Ceuninck

Secretario de Investigaciones Científicas y Posgrado

Lic. Flavio Rapisardi

Índice

<u>La conmemoración de la Revolución de Mayo. Prensa gráfica, historia y política, siglos XIX-XXI. Guillermo O. Quinteros</u>	7
<u>Recordando la Revolución. Prensa y política en los primeros años de La Gaceta Mercantil. María Elena Infesta y Paula Salguero</u>	18
<u>Los discursos conmemorativos de la Revolución de Mayo. El diario El Día, 1943-1952. Guillermo O. Quinteros</u>	52
<u>La representación de la Revolución en el discurso publicitario. El Día, 1943-1976. Fabio André Gutiérrez Ludwig y Guillermo O. Quinteros</u>	95
<u>Representaciones sobre la Revolución de Mayo en La Prensa y Clarín, 1973-1976. Catalina Curciarelo y Sandra Santilli</u>	140
<u>Las lecturas peronistas del kirchnerismo. El estudio de las repercusiones en la prensa del 25 de mayo de 2006. Julia de Diego</u>	173
<u>El diario La Nación y la herencia perdida de la Revolución, 2008-2011. Julián Fontana y Mauricio Schuttenberg</u>	211
<u>Los autores</u>	246

El diario *La Nación* y la herencia perdida de la Revolución, 2008-2011

Julián Fontana
Mauricio Schuttenberg

“El gobierno de Cristina Kirchner es peor que el de Perón y que la dictadura. Vivimos la dictadura de los votos, que es la peor de todas. Ya no existe más aquella Argentina culta. Hay una elite que piensa de una manera, y una clase baja que no se informa, no escucha y sigue a la Presidenta. Cuanto menos cultura, más votos recibe Cristina” (Bartolomé Mitre, Director del diario *La Nación* a la revista *Veja*, 2011)

El presente capítulo¹ intenta comprender el lugar que el relato de la historia, como instancia de configuración de las identidades, tiene en el discurso de un medio como el diario *La Nación*, el cual -genéricamente hablando- aglutina una identidad que denominaremos “liberal conservadora”.²

¹ Agradecemos la lectura y los comentarios de Guillermo Quinteros y Sandra Santilli y, por supuesto, se los eximimos de los equívocos que este texto pudiera contener.

² La denominación “liberal conservador” viene del propio medio. José Escribano manifestó que hacían un diario conservador-liberal en el libro de Ulanovsky, Carlos, *Paren las rotativas*, Bs. As., Espasa Calpe, 1997. A su vez, podríamos retomar a Eccleshall, Robert, *Ideologías políticas*, Madrid, TECNOS, 1984, quien distingue un conservadurismo libertario caracterizado por la conjunción de la valoración de lo tradicional y de las jerarquías preexistentes en una sociedad, con los ideales del libre mercado y la mínima injerencia del

En este sentido tomamos al diario como un soporte y espacio de difusión de las ideas políticas. Partimos de considerar que a lo largo de la historia argentina, el periódico ha sido un actor fundamental en cuanto a la divulgación masiva de sus enfoques, de las ideas y de los intereses políticos, económicos, sociales y culturales de los diferentes sectores sociales. Pero también ha intentado -e intenta- formar opinión a partir de sus lecturas sobre la realidad y el establecimiento de su propia agenda informativa.³

En trabajos anteriores abordamos la crisis de 2001-2002 como una coyuntura en la que se podían visualizar -entre otras cuestiones- las concepciones sobre el Estado, el poder, el rol de los distintos sujetos sociales, el lugar deseado hacia donde deberían dirigirse las políticas públicas, los caminos para la recuperación del sistema político y la apelación a la historia para explicar el “fracaso de 2001”.⁴ Allí buscamos desentrañar la utopía conservadora, es decir el futuro deseado, que en ese contexto de crisis política y social podía ser explicitado sin mayores tapujos.

Estado. Según este autor, el liberal conservadurismo, a diferencia del “conservadurismo organicista”, contempla a la sociedad como un conjunto de individuos y quiere cercenar la autoridad del gobierno en lo que toca a los asuntos económicos. La intervención del Estado por medio de políticas igualitarias es vista como el germen del totalitarismo, que subvierte el orden “natural” de la sociedad. Asimismo, ubicamos al “liberal conservadurismo” como una expresión dentro de un paradigma mayor que es el pensamiento de “derecha”. En este sentido, son ejemplificadoras las declaraciones del Director del diario, Bartolomé Mitre, al semanario brasileño *Veja*, donde destacó que el gobierno de Cristina Kirchner es “peor que el de Perón y que la dictadura. Vivimos la dictadura de los votos, que es la peor de todas. Ya no existe más aquella Argentina culta. Hay una elite que piensa de una manera, y una clase baja que no se informa, no escucha y sigue a la Presidenta. Cuanto menos cultura, más votos recibe Cristina”.

³ Gomis, Lorenzo. *Teoría del periodismo. Cómo se forma el presente*, Barcelona, Paidós, 1991.

⁴ Schuttenberg, Mauricio y Fontana Julián. “La apelación a la historia como instrumento de construcción de una identidad ‘liberal conservadora’. *La Nación* en la crisis de 2001-2002 y la confrontación con el Gobierno desde el ‘conflicto con el campo’ al bicentenario”, en *Cuadernos de H Ideas*, N° 4, 2010, Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP, pp. 58-86.

Este capítulo analiza una etapa posterior, en la que esa utopía explicitada en los agitados años 2002 dio lugar a un nuevo diagnóstico del “problema argentino”, que resultaba y reunía la peor de las pesadillas de los conservadores liberales: el retorno de lo que denominan populismo. Para esta tarea tomamos como punto de partida el año 2008 y las interpretaciones que el diario construyó sobre el denominado “conflicto con el campo”. Esta disputa que el sector agropecuario sostuvo con el Gobierno, comenzada en 2008 y prolongada durante el período 2009-2011, constituyó una coyuntura en la cual el medio, como instancia de representación de la identidad liberal conservadora, construyó un relato sobre las deficiencias del sistema político y el desvío que nacía de la “crisis terminal de 2001”.

La apelación a la historia nos permitirá observar los puentes y las vinculaciones que realiza con otras etapas y procesos como forma de legitimar y marcar los posibles caminos políticos a seguir. Asimismo, apuntamos a analizar las continuidades, desplazamientos y las maneras en que los elementos discursivos que conforman la identidad (Estado, federalismo, peronismo, república, presidencialismo) adquieren sentidos distintos en el marco de la citada coyuntura política.

Para la selección del material tomamos en cuenta los editoriales y notas de opinión de periodistas y columnistas de *La Nación* que fueron publicados en las semanas aniversario de la Revolución de Mayo durante los años seleccionados. Este recorte se justifica en el interés por analizar el relato acerca de la historia y la persistente ubicación de la Revolución como hito fundacional de la Argentina. Además de ser un hecho al cual se hace referencia constantemente para marcar las “desviaciones” de la política contemporánea, la semana de Mayo es, para *La Nación*, un momento de “reflexión” acerca del rumbo político. En el producto de tal reflexión podemos captar los elementos constitutivos de la identidad, los proyectos políticos que esbozan y el futuro deseado.

Las identidades políticas comparten dos características principales: una representación de la sociedad y un programa político.⁵ Ofrecen entonces una visión inteligible de la sociedad y para ello acentúan y contrastan distintos aspectos del mundo social a fin de ilustrar

⁵ Eccleshall, Robert. *Ideologías políticas*, Madrid, TECNOS, 1984.

cómo actúa la realidad en todo su conjunto y también cómo se debería organizar desde el enfoque propuesto. A partir de este desarrollo se transmite un programa de acción en pos de acercar el ideal y la realidad planteados. De esta manera, el discurso proporciona una perspectiva coherente que permite llegar al conocimiento del mundo social y actuar en consecuencia.

El trabajo apunta además a construir un conocimiento sobre los discursos de “derecha” en la Argentina contemporánea e indagar cómo se resignifica el pasado en los posicionamientos del presente, así como la forma en que se construyen los relatos a partir de la reivindicación de distintos procesos históricos, tradiciones y figuras que dan sentido a esas identidades. Asimismo cabe destacar que la presente investigación aborda un período actual poco estudiado. De hecho, la crisis de 2001 tendió a ser explicada en términos de crisis hegemónica del paradigma neoliberal. A partir de allí, las Ciencias Sociales en Argentina, que hasta ese momento se habían centrado en hacer un relato de los procesos de descomposición social resultantes de dicho modelo, comenzaron a producir numerosas investigaciones acerca de las reconfiguraciones políticas y sociales del período posterior a 2001.

La idea de crisis hegemónica es recuperada por algunos autores para explicar el punto más alto de conflictividad que provoca la caída del gobierno de Fernando de la Rúa.⁶ No obstante, desde mediados de 2002, pero fundamentalmente con la llegada de Néstor Kirchner al gobierno, el sistema político se reconstruye dando lugar a nuevas articulaciones políticas, tanto en los espacios de “izquierda” como en los de “derecha”.⁷

Dentro de este marco, para el análisis del período posterior a 2001 numerosos trabajos se centraron en las dinámicas y en las estrategias de los sectores populares ante la expectativa abierta con la Presidencia de Néstor Kirchner. Teniendo en cuenta lo anterior, proponemos un abordaje del período en cuestión, desde el estudio de las identidades “conservadoras” que han tenido una menor cobertura por

⁶ Battistini, Osvaldo. “Luchas sociales en crisis y estabilidad”, en Villanueva, Ernesto y Massetti, Astor (comp.), *Movimientos sociales en la Argentina de hoy*, Bs. As., Prometeo, 2007.

⁷ El uso de los términos “Derecha” e “Izquierda” se hace al sólo efecto de indicar el amplio abanico ideológico presente en la sociedad política argentina.

parte de la Comunicación, la Sociología y la Ciencia Política.

Es por ello que planteamos analizar la constitución identitaria, los posicionamientos y las articulaciones del diario en la disputa política de la Argentina contemporánea. Los interrogantes que guían el trabajo giran en torno al tipo de interpretaciones que *La Nación* construyó acerca del Estado, la sociedad, la economía, la democracia, el sujeto colectivo al que aspira representar y el peronismo. Ello implica ahondar en la tradición histórica que dicho diario retomó para legitimar y fundamentar aquellas construcciones ideológicas discursivas.

Algunas precisiones conceptuales

Diversos trabajos se han centrado en el estudio de las identidades y su construcción discursiva.⁸ Parten de la categoría de hegemonía y analizan la constitución de un determinado orden social según la articulación de demandas e identidades políticas. Desde esta perspectiva, el orden social debe entenderse como una construcción histórica, contingente y discursiva instituida mediante una operación hegemónica.

La hegemonía expresa entonces el esfuerzo por estructurar la diversidad. Según Laclau, el terreno de la constitución de la hegemonía es el discurso, es decir, requiere de una operación hegemónica significativa orientada a la articulación de elementos. En términos del autor, discurso es el conjunto de relaciones sociales y producciones de sentido que componen determinada sociedad.⁹

Para analizar las lógicas y formas de constitución de las identidades políticas retoma los conceptos clave de hegemonía, antagonismo, puntos nodales, significantes vacíos, lógica de equivalencia, que son los que pondremos en juego a la hora de analizar la disputa por la he-

⁸ Retamozo, Martín. El movimiento de trabajadores desocupados en Argentina. Subjetividad y acción en la disputa por el orden social. Mimeo. Tesis de Doctorado, México, FLACSO, 2006; Biglieri, Paula y Perelló, Gloria. *En el nombre del Pueblo. La emergencia del populismo kirchnerista*, Bs. As., Editorial de la Universidad de San Martín, 2007; Aboy Carlés, Gerardo. *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens, 2001; Barros, Sebastián. *Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*, Córdoba, Alción, 2002; Laclau, Ernesto. *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1990.

⁹ Laclau, Ernesto. *La razón populista*, Bs. As., FCE, 2005.

gemonía por parte de los grupos seleccionados. Pensar lo político en estos términos nos abre la posibilidad de analizar las formas en que los diversos grupos van reestructurando sus identidades y sus posicionamientos, la constitución de límites y antagonismos que permite el realineamiento de fuerzas y la rearticulación en busca de un nuevo intento de “sutura” del orden social. La identidad implica entonces un proceso dinámico de construcción de significados. En este punto retomamos el concepto de configuración identitaria propuesto por De la Garza.¹⁰ Entender la identidad como una configuración permite concebirla como un proceso móvil, durante el cual se articulan componentes heterogéneos que tendrán diferentes lugares en esa cadena significativa dentro de las distintas coyunturas.

Los elementos constitutivos de la identidad se articulan en una dinámica siempre inacabada y abierta.¹¹ Esto implica la necesidad de analizar una dimensión autónoma de los aspectos estructurales que inciden en los mecanismos de identificación y en la conformación de configuraciones identitarias.

No obstante, cada reordenamiento, cada incorporación, cada modificación, cada reconfiguración, genera reajustes en los que se pueden identificar tanto continuidades como cambios.¹² Dentro de esos elementos que se reconfiguran tiene importancia el análisis de los puntos nodales donde se condensan los significados. En efecto, en la configuración identitaria no todos los significados tienen el mismo peso para la articulación, puesto que algunos códigos pueden adquirir primacía y opacar a otros que permanecen subalternizados pero que pueden emerger y conformarse en “articulantes” de la red de códigos y, por lo tanto, también del proceso colectivo de dar sentido.¹³

¹⁰ De La Garza, Enrique. “La epistemología crítica y el concepto de configuración”, en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 1, 2001, pp. 109-127.

¹¹ Zemelman, Hugo. “La esperanza como conciencia (un alegato contra el bloqueo histórico imperante: ideas sobre sujetos y lenguaje)”, en Zemelman, Hugo (coord.) *Determinismos y Alternativas en las Ciencias Sociales de América Latina*, México, CRIM-UNAM, 1995.

¹² Barros, Sebastián. “Inclusión radical y conflicto en la constitución del Pueblo populista”, en *Confines*, N° 2-3, 2006, pp. 65-74.

¹³ Retamozo, Martín. “[Orden social, subjetividad y acción colectiva. Notas para el estudio de los movimientos sociales](#)”, en [Athenea Digital: revista de](#)

En este sentido, a la hora de operacionalizar este concepto, es necesario pensar que toda identidad política se constituye en referencia a una interpretación del pasado y una construcción del futuro deseado que se conjugan para dotar de sentido a la acción presente. Por ello, para un análisis de las identidades políticas son centrales las referencias a la historia y la política, puesto que el pasado -siempre abierto- es reconstruido en función de un presente y un porvenir.¹⁴

Ahora bien, el camino para acceder a esos mecanismos imaginarios y simbólicos asociados al sentido de la acción es el análisis de los discursos sociales. Esta tarea no consiste en estudiar lo que los actores “dicen” por oposición a lo que “hacen”. Como sostienen Verón y Sigal, el análisis de los discursos es indispensable, puesto que si no conseguimos identificar los mecanismos significantes que estructuran el comportamiento social, no comprenderemos tampoco lo que los actores hacen.¹⁵ De esta manera, los discursos interesan analíticamente en tanto es imposible interpretar la acción política fuera de toda hipótesis sobre la matriz significativa que la genera.

La crisis de 2001 y la restauración del orden

En diciembre de 2001, colapsó el modelo neoliberal de valorización financiera implantado por la última dictadura, que implicó la subordinación del trabajo al capital y se manifestó en la distribución regresiva del ingreso y en niveles de exclusión social sin precedentes históricos en la Argentina. Esto convergió con un salto cualitativo en el nivel de explotación de los sectores del trabajo, incrementado por una de las principales consecuencias negativas del modelo: la constante expulsión de mano de obra del mercado laboral y, consecuentemente, el establecimiento de valores inéditos de subocupación y desocupación en nuestro país.¹⁶

[pensamiento e investigación social](#), N° 16, 2009, pp. 95-123.

¹⁴ Baczko, Bronislaw. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Bs. As., Ediciones Nueva Visión, 1991.

¹⁵ Verón, Eliseo y Sigal, Silvia. *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Bs. As., Eudeba, 2004.

¹⁶ Basualdo, Eduardo. *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2001.

Dicha situación trajo aparejado un quiebre en la hegemonía construida por el bloque en el poder, y por sus grietas afloraron los reclamos sociales colectivos en torno a dos grandes ejes de demandas: la democratización de la vida social y política, y una distribución más equitativa de la riqueza generada.¹⁷ En ese contexto *La Nación* explicó el fracaso de la Argentina por el arrastre de viejas prácticas políticas que venían desde la “fundación del país”. Según el medio, esas formas “caudillescas”, “clientelares” y “corruptas” dieron como resultado el estallido del sistema político. Esta ruptura del orden no tenía relación con cuestiones económicas, con el sistema económico neoliberal que excluía a grandes porciones de la sociedad, sino más bien con la corrupción intrínseca de la política.¹⁸

Este giro al que aludimos, está vinculado con la asociación del federalismo como una de las causas de la crisis de 2001. En ese contexto, el federalismo articulaba una cadena de sentido ligada al caudillismo, al peronismo, a la fragmentación del Estado nacional, que necesitaba fortaleza en un gobierno débil que no lograba disciplinar a estas “fuerzas del caos”; por ello reclamaba un Ejecutivo todopoderoso que fuese capaz de refundar un orden ante el avance de la protesta social y la pluralidad de demandas que traían consigo las jornadas de 2001.

Para *La Nación*, la crisis no era producto de la inviabilidad de un modelo basado en la prevalencia del capital especulativo financiero sobre el productivo, en el endeudamiento externo; en suma, en la traslación de riqueza del sector público al privado y del trabajo al capital, sino de la estructura política del Estado.¹⁹ Por tal razón debía reducirse aún más la “injerencia distorsiva” del Estado en el mercado.²⁰

El retorno del *populismo*

La crisis de 2001 dio lugar a una recomposición política, sobre todo a partir de 2003 con la Presidencia de Néstor Kirchner. En esta etapa se volvió a plantear la recuperación del Estado como actor cla-

¹⁷ Ibidem.

¹⁸ Ver Schuttenberg, Mauricio y Fontana Julián. Op. Cit.

¹⁹ Ver Basualdo, Eduardo. Op. Cit.

²⁰ Ver Schuttenberg, Mauricio y Fontana Julián. Op. Cit.

ve, dotado de legitimidad para dialogar y negociar con actores sociales que poseían intereses sectoriales muchas veces enfrentados entre sí. Con estos cambios el Estado recuperó rápidamente un margen de autonomía respecto de las disputas corporativas locales, recobrando así legitimidad para hacerse cargo de los conflictos intersectoriales. A su vez, también comenzó a sentar una nueva postura frente a las presiones internacionales. Por ejemplo, a un mes de haber asumido inició una firme negociación con el FMI y comenzó a apostar a una posición latinoamericanista, abandonando la alineación incondicional con los Estados Unidos propia de la década del '90.

No obstante, el 11 de marzo de 2008, a poco de asumir el gobierno de Cristina Fernández, estalló el denominado “conflicto con el campo”, cuando la administración nacional intentó establecer un nuevo régimen de retenciones móviles mediante el dictado de la resolución 125 del Ministerio de Economía. La norma establecía el aumento o la disminución de las retenciones en una relación directamente proporcional a la suba o baja de los precios de los cereales en el mercado internacional. La implementación de esta medida apuntaba a recaudar más fondos gracias al alto precio de la soja y a la vez controlar el crecimiento de la producción de la misma en desmedro de otras tradicionales como trigo, maíz, etc. Esta coyuntura marcó un quiebre que implicó la acentuación del discurso de *La Nación* que alertaba sobre el resurgimiento del populismo.²¹

En la semana de mayo de 2008 este conflicto fue interpretado

²¹ Este conflicto marcó un antes y un después en varios aspectos. A la cuestión referida al discurso del medio podemos agregar que el de 2008 es el intento de los sectores dominantes de subordinar al nuevo gobierno a sus intereses e intentar disciplinarlo a partir de que abandone en sus políticas todo vestigio distribucionista en sus políticas. De esta forma, el conflicto alrededor de la “resolución 125”, fue una ofensiva del establishment local sobre el gobierno para que actuara en consonancia con sus intereses y, a partir de aquí, el intento del gobierno por restaurar la vigencia de una hegemonía clásica, buscando plasmar una creciente inclusión política y social de los sectores subalternos. Basualdo, Eduardo. *Sistema político y modelo de acumulación. Tres ensayos sobre la Argentina actual*, Bs. As., Cara o Ceca, 2011 (Tercer ensayo). Cabe recordar que finalmente el gobierno tuvo que derogar la medida el 18 de julio de 2008, luego de perder la votación en el Senado a partir del desempate “no positivo” del Vicepresidente Cobos.

como una agresión “populista” a los sectores más “pujantes y hacedores de la Patria”. El posicionamiento del medio fue de apoyo a las demandas de la Mesa de Enlace (integrada por las cuatro principales asociaciones nacionales de empresarios agropecuarios de Argentina: la Sociedad Rural Argentina -SRA-, la Federación Agraria Argentina -FAA-, las Confederaciones Rurales Argentinas -CRA- y CONINAGRO) en contra de la resolución N° 125. En ese marco, el Gobierno fue identificado como el enemigo de los argentinos quienes quedaron como rehenes del conflicto entre “las autoridades nacionales y el sector más dinámico de nuestra economía”.²²

La preocupación del diario se centró en mostrar el embate de un Poder Ejecutivo con voracidad “hegemonista”, frente a los “esforzados productores agropecuarios”. Aquí aparece una crítica hacia el funcionamiento institucional que marca una fractura con el anterior período analizado. Las demandas de 2001-2002 por un presidencialismo fuerte y una centralización del poder dejaron su lugar a las contrarias: la necesidad de estructurar mecanismos de control y la atenuación del Poder Ejecutivo.

En el discurso se retomó la idea de que la Nación estaba en un punto de inflexión similar al de 2001 pero por motivos diferentes. Ese momento de ruptura no estaba dado por la movilización popular sino por la emergencia, según la lectura del medio, de un nuevo sujeto político que reunía una serie de valores con los cuales se identificaba. De esta manera, las movilizaciones convocadas por la Mesa de Enlace fueron catalogadas como democráticas, esperanzadoras y los artículos estructuraron un discurso emotivo ligado “al despertar de la ciudadanía”, frente “a los atropellos del matrimonio gobernante”. Por esa razón señalaba que

Fue verdaderamente emocionante y sorprendente para mí ver a un pueblo movilizado en unidad a favor de algo tan noble como

²² Esta resolución, establecía retenciones móviles a las exportaciones de productos agropecuarios, las cuales aumentarían o bajarían en una relación directamente proporcional a los precios de dichos productos en el mercado internacional. Luego de tres meses de lockout patronal, promovido por las entidades agrarias en repudio a dicha medida, y tras perder en el Senado por el voto en contra de su Vicepresidente, el gobierno derogó la medida el 18 de julio de 2008.

el trabajo, con la mente enfocada en un ideal tan elevado como el federalismo.²³

En el argumento se esgrimía el retorno al federalismo como una demanda del sujeto “Pueblo”, formado por aquellos sectores del interior del país que se manifestaban contra las retenciones. Es notorio que el discurso dejaba de lado las manifestaciones a favor de la resolución 125, o las trataba como movilizaciones armadas sin basamento en convicciones, sólo ligadas al clientelismo.

En el caso del significante federalismo puede observarse un desplazamiento. Este había constituido una cadena equivalencial junto a caudillismo y peronismo, y era en la interpretación del medio, el factor explicativo de la debilidad del Poder Ejecutivo en la crisis de la hegemonía neoliberal de 2001. No obstante, en el nuevo contexto, el significante federalismo pasó a ser entendido como la expresión “pura” del Pueblo frente a lo que vislumbraban como el centralismo “populista”.

En este plano, como señalamos anteriormente, en 2001 el diario se mostraba preocupado ante las nuevas formas de participación directa que la deslegitimada democracia estaba dejando surgir, mientras que en la coyuntura de 2008 la “presión popular cotidiana infatigable” de los sectores movilizados en contra de las retenciones era mencionada en términos positivos. En el relato se construyó entonces un cambio político en ciernes que se expresó en que el federalismo, otrora causante de la crisis de 2001 por el desgaste del poder central, era ahora la garantía del control del “Pueblo” sobre las autoridades políticas y el “de que las decisiones sobre cómo utilizar el dinero público van a ser tomadas por personas competentes, conocedoras de los problemas de la gente que la votó”.²⁴ Esta irrupción del federalismo dejaba de lado a las estructuras políticas tradicionales “basadas en un clientelismo sistemático y desenfrenado, que durante mucho tiempo fueron la herramienta que le permitió a una clase dirigente cerrada y excluyente enquistarse en el poder alimentándose de la pobreza”, y sería la base política de un reemplazo basado en “partidos orgánicos de contenido

²³ “El renacer de una esperanza”, *La Nación*, 27/05/08.

²⁴ *Ibidem*.

republicano, que obtienen su poder por la generación y comunicación de ideas y propuestas”.²⁵

El conflicto con “el campo” era en realidad presentado como la última batalla de ese sujeto político republicano en pos de quebrar a un Gobierno signado por el clientelismo, las prácticas corruptas y una voracidad extrema que había recaído “sobre el sector pujante y dinámico de la economía”. El 26 de mayo *La Nación* publicó una columna de opinión que calificaba a los productores agropecuarios como “esforzados forjadores de la Patria”. Esa semana de mayo sirvió como instancia de reflexión y de expresión de un ideario ligado al regreso al modelo agroexportador y a un fuerte cuestionamiento a toda intervención estatal en la economía, entendiendo a esta última como la forma de financiamiento de “las cajas políticas” en desmedro de los que “trabajan la tierra”.

En la argumentación se volvía al relato histórico y al mito liberal de la etapa del “granero del mundo, capaz de dar de comer a la humanidad entera” que había quedado reducido a “una gigantesca fábrica de porotos para engordar animales” a partir de las “políticas distorsivas e ineficientes tomadas por los distintos gobiernos”. Esa construcción discursiva iba acompañada de la exaltación de los productores, en tanto “de la crisis de 2001 salimos, gracias al campo en general y al cultivo de soja en particular”. Esa interpretación atribuía la superación de la crisis a los “productores eficientes” que habían logrado “despertar al país” a pesar de que “los gobiernos K1 y K2 se apropiaron, amén de la renta agropecuaria, también del éxito económico, como si éste fuera fruto de su hábil gestión”.²⁶ Ante esta situación se empezó a proyectar lo que se denominó “El gran acuerdo del Bicentenario”, que implicaba “un compromiso firme para cumplir la Constitución Nacional”, la cual estaba siendo violada por una suerte de “populismo con escaso interés en las instituciones”.²⁷

²⁵ Ibidem.

²⁶ Gainza, Malena, “Cultivar el diálogo es servir a la patria”, *La Nación*, 26/05/08.

²⁷ En tal sentido, intentan legitimar estas posturas a partir de la enumeración de una serie de intelectuales que conformaban el Foro del Bicentenario. Los integrantes eran: Marcos Aguinis, René Balestra, Felipe de la Balze, Rosendo Fraga, María Angélica Gelli, Mariano Grondona, Juan Archibaldo La-

Las elecciones de 2009. La construcción de un escenario “poskirchnerista”

La semana de mayo de 2009 tuvo como elemento central el posicionamiento del medio respecto de las elecciones que se iban a llevar a cabo el 28 de junio, tendientes a renovar la mitad de los miembros de la Cámara de Diputados y un tercio de los integrantes de la Cámara de Senadores. En ese contexto, el contenido del diario marcó una continuidad con lo anteriormente desarrollado. Apuntó a resaltar los elementos que supuestamente llevarían a la derrota de Kirchner e incluso comenzó a plantear la necesidad de pensar el país del “poskirchnerismo”.

La deslegitimación del Ejecutivo se estructuró en dos ejes. Por un lado, la prédica de *La Nación* se dedicó a cuestionar las prácticas políticas del gobierno, totalmente opuestas a lo que genéricamente denominaba “civismo” y “decoro” y a denunciar una vocación “hegemonista” alejada de los “ideales republicanos”. Por otro, sostuvo una estrategia centrada en marcar las diferencias con lo que entendía debía ser la izquierda. Es decir, el discurso intentó demostrar que el kirchnerismo, al igual que el chavismo y otros procesos latinoamericanos, no era la izquierda sino que representaba una forma de totalitarismo. De esta argumentación se desprende la idea de que todo militante o simpatizante “progresista” debía desistir del apoyo a Kirchner al comprender -gracias al agudo análisis de los editorialistas, que marcaba las diferencias entre “la buena izquierda” y el populismo- el equívoco en el cual se encontraba.

Las prédicas en contra de las “viejas prácticas” se entrelazaban con un diagnóstico de “degradación moral” y un eclipse de los valores ciudadanos. Esto último tenía que ver con la estrategia del Frente Para la Victoria de organizar las candidaturas “testimoniales”. En ese marco, dejaban en claro que

la acción política, además, está, indisolublemente, subordinada a la ética” por lo que “cuando los dirigentes o militantes de un partido político hipotecan los principios que conducen al bien común

nús, Félix Luna, Avelino Porto, Daniel Sabsay, María Sáenz Quesada y Horacio Sanguinetti. El grupo tenía como objetivo recuperar “la república democrática hacia un horizonte con mejores instituciones, más libertad, progreso económico y realización personal para todos los habitantes del suelo argentino”. “Editorial I. La patria ante un nuevo desafío”, *La Nación*, 25/05/08.

y al deber ser, quedan anulados la vigencia de los valores morales y el mandato emanado de la doctrina partidaria.²⁸

Esa visión sobre la ética se montaba sobre la manera de significar el término República, que aparecía constituyendo una frontera discursiva con respecto a “esa patología de llegar al poder para eternizarse” con la que describían al Frente para la Victoria. Ante esta caracterización de la coyuntura política, el 26 de mayo un editorial del columnista Mariano Grondona llamaba a “Reconstruir la república, un gran desafío. El dilema del poskirchnerismo”, en el cual avizoraba el advenimiento de una nueva época: “el poskirchnerismo”.

En tal sentido, planteaba que el período de “crecimiento y despotismo político que acompañó a Néstor Kirchner desde 2003” se estaba agotando. Para ejemplificar y tratar de decodificar el curso que, según estimaba, tomarían los acontecimientos, retomó una serie de ciclos históricos que le servían para explicar el futuro desde una lógica de la historia.

Al escribirlo, partí de la premisa de que, a lo largo de sus doscientos años de historia, la Argentina conoció tres instancias en las cuales todo el poder se concentró en un solo hombre: entre 1829 y 1852, Juan Manuel de Rosas; entre 1945 y 1955, Juan Domingo Perón y, de 2003 hasta ahora, Néstor Kirchner.²⁹

Así, el gobierno de Kirchner era presentado como el tercer momento de nuestra historia en que el poder estuvo concentrado en una sola persona, afectando “la salud” de la República.³⁰ Luego de vincular al kirchnerismo con esas etapas anteriores, el argumento repasaba “las salidas de esos procesos” con vistas a analizar los posibles escenarios post Kirchner.

Allí destacaba que “la Argentina que sobrevivió a Rosas fue un

²⁸ Baigorria, Nélica. “La política como astucia y maña”, *La Nación*, 25/05/09.

²⁹ Grondona, Mariano. “Reconstruir la república, un gran desafío. El dilema del poskirchnerismo”, *La Nación*, 26/05/09.

³⁰ Es importante hacer notar que las dictaduras no son contabilizadas dentro del relato histórico construido por el autor, como gobiernos concentradores de poder.

éxito tan largo como extraordinario, porque nos dio un sistema político republicano y, finalmente, democrático y un desarrollo económico sin par hasta su insensata interrupción en el golpe militar de 1930, nada menos que 78 años después”.³¹

Luego, “la Argentina que sobrevivió a Perón fue, al contrario, un fracaso cuyas sombras se han prolongado hasta ahora. ¿Por qué este dramático contraste?” La explicación se centraba en destacar que después de Rosas sobrevino un “nuevo proyecto nacional, encarnado en una nueva Constitución”, mientras que el posperonismo no había sido superado, por lo que estaríamos todavía en una instancia inconclusa. Kirchner, entonces, expresaba un estado de indefinición y de falta de proyecto, por ello el autor llamaba a retomar un “éxito tan fenomenal como el de la generación alberdiana de los Urquiza, los Mitre y los Sarmiento”.³²

La segunda estrategia frente al gobierno implicaba el intento de demostrar que lo que *La Nación* denominaba “populismos” no eran expresiones de izquierda, sino viejas formas de “nacionalismos demagógicos” en el nuevo escenario político latinoamericano. Esto último constituyó un intento de cuestionar el carácter progresista del gobierno y, a su vez, de discutir el posible apoyo de un sector social a partir de “demostrar” que el kirchnerismo no era la centroizquierda, sino más bien una expresión totalitaria y demagógica que, incluso, la “buena izquierda” debería combatir.

En ese marco, muchos editoriales y artículos de opinión del medio se centraron en la experiencia de Venezuela. Con este recurso buscaban marcar con claridad una manera de concebir la política que nunca debía llegar a nuestro país. Si bien en esos artículos la asociación entre el kirchnerismo y el chavismo carece de matices puede observarse, en realidad, una preocupación del diario por impedir “la chavización” del gobierno. Es decir, si bien produjeron una analogía en el plano discursivo, los argumentos empleados tendían a mostrar que reconocían las diferencias pero que les preocupaba que “los Kirchner se acerquen más a Venezuela”. En el mismo sentido, aglutinar estas experiencias actuaba como estrategia de deslegitimación del go-

³¹ Grondona, Mariano. Op. Cit.

³² Ibidem.

bierno. Grondona afirmaba en un artículo del 27 de mayo de 2009 que Chávez

no es un fenómeno exclusivamente venezolano porque otros presidentes latinoamericanos como el ecuatoriano Correa, el boliviano Morales y el nicaragüense Ortega lo siguen puntualmente. Tampoco es un fenómeno exclusivamente latinoamericano porque, por haberse aliado con Irán, ha entrado en el juego grande de la lucha por el poder mundial detrás del presidente iraní Mahmud Ahmadineyad, quien está muy cerca de cumplir su amenaza de ‘borrar a Israel del mapa’ mediante el despliegue de su creciente poderío nuclear.³³

El discurso del artículo buscaba estructurar un campo antagónico con respecto a la ideología del medio, articulando los “regímenes populistas” con el gobierno iraní. Esta asociación señalaba a estos presidentes latinoamericanos, y a todos los que se acercaran a ellos, como colaboradores y aliados de ese régimen. Luego de esa argumentación se destacaba entonces el interrogante a “los Kirchner” por el rumbo a tomar. En el año 2009 la caracterización del gobierno aparecía por momentos ligada a ese “conglomerado populista”, y por otros como algo separado. De esta forma,

hasta ahora, los Kirchner habían conseguido desplegar un chavismo en cierto modo ambivalente, pero el reclamo empresario, del cual participa hasta cierto punto la CGT, los pone ahora contra las cuerdas. ¿Se han sumado los Kirchner, después de todo, a los discípulos latinoamericanos del dictador venezolano? Si no se han sumado, no les queda mucho tiempo para aventar esta sospecha.³⁴

Según esta lectura, las naciones latinoamericanas oscilaban entre dos modelos opuestos, representados por Lula da Silva y Hugo Chávez. El primero, un mandatario alejado de los intereses reeleccionistas y cri-

³³ Grondona, Mariano, “¿Discípulos de Chávez?”, *La Nación*, 27/05/09.

³⁴ *Ibidem*.

terioso a la hora de establecer las relaciones entre el Estado y el mercado; el segundo, un líder mesiánico, partidario de la reelección sin límites y volcado hacia la intervención estatal.

Grondona caracterizaba al modelo chavista -el que realmente dividía las aguas, en la visión del diario- explicando que

el modelo de Chávez, podríamos decir que en el plano político lo caracteriza el re-reeleccionismo y, en el plano económico, el estatismo. El re-reeleccionismo de Chávez es la expresión de un narcisismo que lo conduce a creerse algo así como una reencarnación contemporánea de Bolívar. Este narcisismo, prolongación a su vez del típico caudillismo latinoamericano que tanto atrasó a nuestra región, ha sido bautizado por el columnista Andrés Oppeheimer como un “narcisismo-leninismo” porque postula un “socialismo del siglo XXI” que no es más que un castrismo bañado en petróleo.³⁵

Luego retomaba el argumento que impulsó con fuerza Marcos Aguinis, otro columnista central de *La Nación*. Éste apuntaba a separar a la “buena izquierda” de las experiencias latinoamericanas que cuestionaba. La maniobra que “denunciaba” el diario consistía en que “Chávez profana en realidad el noble nombre del socialismo por desconocer su evolución histórica”. Esa “nobleza”, que partió del llamado “socialismo utópico” del siglo XIX, tuvo no obstante sus momentos “peligrosos” cuando se acercó al comunismo. Sin embargo, devino en la “socialdemocracia, una idea política y económica perfectamente compatible con la democracia”. Destacaba entonces a una serie de figuras que permitían -a su juicio- reconstruir una tradición alejada de la “confrontación populista”: la encabezaban el inglés Tony Blair o el español Felipe González y, en nuestra región, incluía al Partido de los Trabajadores de Lula, el Frente Amplio de Tabaré Vázquez y la Concertación Democrática chilena. La idea central era que el gobierno de Chávez no era “socialismo” sino “estatismo”.

Sobre finales de la semana de mayo de 2009, Aguinis escribió un artículo en la misma línea que el anteriormente citado de Grondona.

³⁵ Grondona, Mariano. “De Lula a Chávez, pasando por Néstor Kirchner”, *La Nación*, 31/05/09.

A fin de dar cuenta de los valores que defendía “la verdadera izquierda” apeló a su interpretación de la historia para explicar que el interés central de dicha expresión ideológica no era la desigualdad económica, sino más bien la preocupación por la libertad.

Así tomó como ejemplo de la “lucha” a la revolución inglesa “aunque careció de epopeya, guillotina y fanfarria, fue consolidando una democracia cada vez más sólida, junto a un creciente respeto por los derechos individuales”.³⁶ En ese contexto proponía: “¿Reparamos los valores originarios de la izquierda?”, y explicaba que el “más elevado es el de la libertad”, entendida como el respeto a “la libertad de pensar y expresarse, decidir, viajar y hacer cuanto se le antoje mientras no perjudique los iguales derechos del prójimo”. Esta concepción liberal de la libertad sería la que “la verdadera izquierda” habría tenido desde sus inicios. Por ello, según el autor, la izquierda se centra -o debería hacerlo- en el “cuestionamiento de los dogmas, ideologías o presuntas verdades oficiales” y se preocupa por “la libertad de expresión por todos los medios a que el hombre tiene acceso y la libertad de prensa, que no debe ser censurada en forma directa o indirecta”.³⁷

Esas preocupaciones que le asigna a “la izquierda” son distintas a las de los regímenes de derecha, que Aguinis caracteriza como aquellos en los cuales

hay ausencia de libertad y cercenamiento de los derechos individuales, persecución de la disidencia, censura de prensa, asfixia de la creatividad, abominación del pluralismo, intole-

³⁶ Aguinis, Marcos. “Entre la izquierda y la derecha, los valores”, *La Nación*, 29/05/09. Aguinis intenta tomar de ejemplo a la “Revolución Gloriosa” (1688-89) como supuesta gesta de “la izquierda” cuando en realidad se trató del avance del parlamentarismo liberal frente al absolutismo de Jacobo II. Los grupos que tenían demandas de carácter económico eran los “niveladores” y “los cavadores”. Para un excelente desarrollo véase Várnagy, Tomás, “El pensamiento político de John Locke y el surgimiento del liberalismo”, en Boron, Atilio (comp.) *La filosofía política moderna. De Hobbes a Marx*, Bs. As., CLACSO, 2000.

³⁷ Aguinis, Marcos. Op. Cit. Cabe destacar que la referencia a la libertad de expresión no es fortuita puesto que en los momentos en que Aguinis escribía se estaba debatiendo la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisuales impulsada por el Poder Ejecutivo.

rancia, manipulación de los pobres a quienes se desea mantener en su miseria.³⁸

El autor señalaba que la izquierda se opone a “lo que hace el totalitarismo de izquierda”. Según su interpretación “la izquierda abomina la tiranía” por encima de cualquier otra cuestión, incluso la desigualdad económica. Así, el resultado de su reflexión demostraba que “la verdadera y buena izquierda” es contraria a los regímenes totalitarios que atacan “las libertades individuales y de prensa”. Los “populismos latinoamericanos” son regímenes totalitarios que representan valores lejanos a los de la izquierda. De esta manera, su estrategia se basó en desarticular al Gobierno de su posicionamiento “de izquierda” y ligarlo al autoritarismo en la búsqueda de una frontera discursiva que permitiera articular con otras expresiones ideológicas “democráticas” y, a su vez, desalentar las posibilidades de vinculación del kirchnerismo con sectores de la izquierda.

El Bicentenario como desvío de la senda del “progreso”

La semana de mayo del Bicentenario desató una serie de debates en torno a cómo recordar la Revolución de 1810. Se conformó un relato que enlazó las distintas fechas, construyendo una interpretación de la historia que el diario opuso a la que se difundió en los actos y desde los discursos oficiales del gobierno. Esa lectura del pasado respondió a la tradición de *La Nación* y fue tributaria a su vez de la conformación de un frente discursivo contrario al gobierno.

Con motivo de la conmemoración del Bicentenario, uno de los debates que el medio instaló tuvo como eje el cuestionamiento a la interpretación del “oficialismo” sobre los festejos de 1910. Criticó la lectura del Poder Ejecutivo, que mostraba cómo aquéllos habían sido la expresión de un país sumido en el estado de sitio en el cual unos pocos gozaban de bienestar y la mayoría se hallaba en situación de pobreza; en su lugar señalaban la “distorsión de la historia” y reivindicaban a los hombres de 1910 por el hecho de abrir

las puertas a la vida democrática a través del voto universal, se-

³⁸ Ibidem.

creto y obligatorio no buscaban subir en las encuestas o perpetuarse en el poder a cualquier precio. Pretendieron encontrar caminos para una proyección sostenida hacia el futuro.³⁹

Este artículo, publicado un año antes, exhibe los principales posicionamientos del diario. Así, mientras desde diversos sectores sociales -académicos y políticos- se hacía hincapié en que el contexto social de los festejos por el Centenario estuvo signado por la pobreza, el estado de sitio, la persecución a las representaciones obreras y la exclusión social, *La Nación* mostraba “otra cara” de la situación en 1910, que se caracterizaba por el arribo de

representantes extranjeros que, como en casi todos los países, eran amenazados por los atentados anarquistas. También es cierto que había desigualdades y que muchas personas vivían en oscuros conventillos. Pero, también existía, como en pocas partes, una permeabilidad social que les permitía a los criollos, como a los inmigrantes y sus hijos, alcanzar con su esfuerzo los beneficios de la prosperidad y de la educación. En las escuelas no se discriminaba por ningún motivo y, bien lo saben los millones de descendientes de quienes vinieron de todos los rumbos de la Tierra sus antepasados no sólo aprendieron un idioma, sino recibieron las nociones de historia y de civismo que les permitieron entrar con paso firme en la política después de que entró en vigor la ley Sáenz Peña, preparada por los hombres de la Generación del 80.⁴⁰

De esta manera, 1910 era caracterizado como el año del nacimiento de “la democracia” a partir de la posterior ley Sáenz Peña. A diferencia de la visión crítica del Centenario señalaba que

la Argentina había pasado a ser un suelo de promisión. Los hombres de la Organización Nacional le dieron una Constitución, códigos, caminos, líneas férreas y escuelas. Los hijos de éstos

³⁹ “Editorial I, Subordinar la historia a la política”, *La Nación*, 27/05/09.

⁴⁰ *Ibidem*.

consolidaron la obra al sumar al esfuerzo a millones de hombres y mujeres que, desde múltiples actividades, ubicaron a la República entre los primeros países del orbe. No había exclusión, como se dijo, sino inclusión, pues a nadie le estaba vedado progresar con el fruto de su trabajo.⁴¹

Asimismo, el medio reproducía una visión simplista y reduccionista de “civilización y barbarie” que describía al Centenario como el resultado del avance y el combate contra el “desierto”, el cual era -en la matriz liberal- el problema principal que debía afrontar la Argentina. En ese marco, las figuras destacadas no podían ser otras que las pertenecientes a la generación del ‘80. Esta construcción de un panteón de patriotas era utilizada para hablar de la coyuntura: la reivindicación de dicha generación -en especial, de Alberdi y Sarmiento- era en realidad una crítica a Rosas, a los caudillismos. Esa visión binaria de la realidad política se trasladaba al presente, cada una de las líneas históricas encontraba su continuidad y a sus nuevos representantes, que actualizaban la lucha.

El 26 de mayo de 2010 Morales Solá retomó, en los festejos por el Bicentenario, la distinción ya señalada, volviendo a la tesis de la convivencia de dos Argentinas. Una, la de los festejos “oficialistas” donde “no tenía lugar ningún otro discurso distinto”. Así,

los actos de Cristina Kirchner fueron ceremonias casi monárquicas que sólo admitieron a los propios, salvo algún gobernador disidente y escasos legisladores opositores (dos, nada más). El resto fue la platea eterna de los fastos kirchneristas, tan cercanos ya a la adulación de los líderes que se tornan incompatibles con una República.⁴²

En esta misma línea, Luis Majul señalaba que “la barbarie, a doscientos años de la creación de la patria era la vocación “he-

⁴¹ Ibidem.

⁴² Morales Solá, Joaquín. “Esa obsesión por dividir y fracturar”, *La Nación*, 26/05/10.

gemonista de Kirchner”, que supuestamente impedía pensar “en el mediano o largo plazo”.⁴³

Por el contrario, el acto de la reapertura del Teatro Colón expresaba las buenas costumbres y el decoro político puesto que allí

convivieron amablemente peronistas, radicales, socialistas y la centroderecha de Pro. Más allá de las personas que allí expresaban esas ideas, es probable que en ese estilo, civilizado y pacífico, se esté incubando el futuro no tan lejano de la Argentina.⁴⁴

Por un lado, el discurso del columnista denunciaba el constante intento “de división de los Argentinos”; por otro, marcaba la existencia de las dos formas de entender la argentinidad que se expresaban en esos actos. No obstante, había una fuerte alusión a que el gobierno estaba dividiendo a los argentinos con una táctica que chocó

con una sociedad que se encontró con una razón de la existencia nacional y que se volcó masivamente a las calles. No eran argentinos enarbolando banderas partidarias (éstas existieron sólo en los actos del kirchnerismo), sino mucho más conscientes que sus gobernantes del instante excepcional y único de la historia que estaban viviendo.⁴⁵

Aquí podemos observar un intento de cuestionar la hipótesis del éxito político que los festejos del Bicentenario significaban para la administración kirchnerista. En la lectura de Morales Solá, “la gente” participaba apolíticamente a pesar de los presuntos intentos del gobierno de politizar y fracturar a la sociedad.

Dicha fractura se operó, según su opinión, a partir de la falta de reconocimiento al esfuerzo de la generación de 1910 por hacer de la Argentina una de las principales potencias económicas del mundo, y por la inclusión de Ernesto Guevara en el panteón de los próceres la-

⁴³ Majul, Luis. “¿Cómo será recordado Kirchner dentro de cien años?”, *La Nación*, 26/05/10.

⁴⁴ *Ibidem*.

⁴⁵ *Ibidem*.

tinoamericanos. “El ‘Che’ es un mito y no un héroe. Guevara fue una persona valiente, pero de una asombrosa frialdad para matar y para hacer matar, para descerrarjar guerras civiles y para enfrentar a los hombres y bañarlos de sangre”.⁴⁶

La disputa por el relato de la historia que surgió con el Bicentenario resultó un elemento activador de las representaciones e interpretaciones del diario que salió durante esa semana con numerosos artículos destinados a exponer su mirada. Dentro de ese contexto aparece el diálogo entre 1810, 1910 y 2010 como una dinámica de continuidades y rupturas. ¿Cómo estábamos en 1810?, se preguntaba Orlando Ferreres. Su respuesta estaba en sintonía con la argumentación de los demás columnistas: 1810 era caracterizado como un país desierto; 1910 marcaba la evolución de desierto a “sol de América” a partir de una

economía floreciente, como consecuencia de la progresiva organización nacional, que se fue dando luego de grandes y feroces luchas internas y externas, con el establecimiento de la Constitución Nacional de 1853-60, con la federalización de Buenos Aires, con la política de ‘paz y administración’ a partir de 1880 o aun algo antes.

Aparece aquí nuevamente reivindicada la línea histórica de 1853 ligada a la generación del ‘80. La apoyatura empírica para estas aseveraciones sobre el desarrollo-atraso del país era el índice de ingreso per capita. Luego de ser el sol de América en 1910 habíamos perdido el rumbo en 2010. “Allí nuestro ingreso per capita en dólares corrientes se ubica en el puesto 66 entre los países del mundo”.⁴⁷ Ante esta situación la salida era “implementar lo que va a dar resultado y no quedarnos discutiendo meras ideologías, ya fracasadas en todos lados”. Es notorio el descarte de la discusión política. En este planteo la organización estatal es una cuestión de gestión, de retraimiento del Estado, que debe luchar “contra la politización permanente de las acciones de gobierno”. Esas “ideologías fracasadas” eran justamente las políticas distributivas que habían implementado en el pasado los

⁴⁶ Ibidem.

⁴⁷ Ferreres, Orlando. “La Argentina: 1810, 1910, 2010 y 2110”, *La Nación*, 26/05/10.

denominados populismos y sus expresiones actuales.⁴⁸

Sobre el fin de la semana de mayo, el medio reforzó la idea de la “buena política y la buena izquierda” al destacar, en un editorial cuyo título expresaba lo que entendía como “buenas prácticas”,⁴⁹ a los considerados amigos en el plano latinoamericano. Entre esos líderes moderados que el diario tomaba como ejemplo no figuraban aquellos que conducían reformas estructurales de sus economías. La moderación se medía en función de las pretensiones reeleccionistas de los presidentes. En esa línea

tan lejos no está hoy América latina de esa tolerancia desde el momento en que presidentes que pudieron alentar reformas constitucionales para ser reelegidos desistieron, como Ricardo Lagos y Michelle Bachelet, en Chile; Tabaré Vázquez, en Uruguay, y Luiz Inacio Lula da Silva, en Brasil, y dieron paso a otros que, como Sebastián Piñera y José “Pepe” Mujica, más allá de que se encuentren en posiciones ideológicas antagónicas, honran la moderación, la tolerancia y el pluralismo.⁵⁰

Según *La Nación*, el largo plazo, la racionalidad y la moderación eran las características que distinguían éstos de los gobiernos “populistas”, que pretenden eternizarse en sus cargos a partir de un ejercicio confrontativo del poder. En este segundo grupo estaban incluidos el chavismo y el kirchnerismo.

La argumentación reinstaló uno de los tópicos ya desarrollados: el intento por demostrar que Kirchner no era de izquierda, o en todo caso, que la “buena izquierda” no era kirchnerista. La explicación sobre la causa por la cual Kirchner tenía el apoyo de sectores progresistas se basó entonces en mostrar “el engaño” que habrían sufrido estas “fuerzas bien intencionadas”. El discurso del periodista tendía a establecer que Kirchner había sido originalmente “un joven e intrasigente militante estudiantil. Después pasó por la derecha peronis-

⁴⁸ Ibidem.

⁴⁹ “Liderazgos de contención. El país requiere con urgencia de líderes moderados, que acerquen a los valores republicanos”, *La Nación*, 24/05/10.

⁵⁰ Ibidem.

ta y desembocó en el peronismo renovador”. Luego, por necesidad política “fue arrojando sus actos de gobierno con una determinada ideología”. De esta forma habría estructurado su accionar político en la simulación, en una actuación tal que lo llevó a transformarse en aquello que simulaba ser. En esa maniobra “utilizó como escudos humanos” a los sectores y organizaciones progresistas.⁵¹

***La Nación* frente a la hegemonía kirchnerista**

A partir del fallecimiento de Néstor Kirchner, cuyos funerales pusieron en escena el consenso de diversos sectores de la vida social y política sobre su figura y sobre el “modelo” que el kirchnerismo implicaba como expresión política, se abrió un nuevo escenario. La persistencia de *La Nación* en la misma estrategia de construcción discursiva, desde el llamado “conflicto con el campo”, marcó su derrotero en la configuración de la opinión pública.

Por otro lado, la coincidencia en todas las encuestas sobre la inminencia de un aplastante triunfo electoral de Cristina Fernández en las elecciones de octubre de 2011 puso al diario ante la disyuntiva de asumir la derrota política de los sectores que representaba -y su bajo predicamento en la llamada “opinión pública”-, o bien negar la derrota llevando la caracterización negativa del modelo fuera de la política. Esto se expresó en sus principales plumas.

El elemento común a todos los editoriales fue la idea de que el kirchnerismo era la única expresión política presente en la escena. Al no existir una fuerza política que le disputara el poder con posibilidades de éxito, la denostación monocorde del kirchnerismo implicaba reconocer su presente protagónico. Esto tuvo una segunda consecuencia: conceptos tales como república, democracia, conflicto, populismo, liberalismo, evitismo, peronismo/antiperonismo, comenzaron a jugar en la disputa kirchnerismo versus oposición construida por el medio. Sobre esos conceptos se erigirá la matriz conceptual que articulará el diario para la construcción de sentido, poniendo en “cotexto” tales conceptos.⁵²

⁵¹ Fernández Díaz, Jorge. “¿Profundizar el proyecto revolucionario o reinventar la democracia? Kirchnerismo bolivariano del siglo XXI”, *La Nación*, 29/05/10.

⁵² Tomamos el concepto de “cotexto” de la lingüística y de su uso en la

Autoritarismo antirrepublicano

En “*Montoneros, moyanistas y republicanos*”, Mariano Grondona planteó la coexistencia confrontativa de tres sujetos políticos dentro del kirchnerismo, puesto que “mientras continúe la confusión en las filas opositoras, la principal preocupación de la Presidenta es la tensión entre sus propios partidarios(...)”.⁵³ Uno de estos sujetos era definido como “el núcleo duro del Kirchnerismo -Verbitsky, Kunkel, Zannini-”, que “proviene directamente de Montoneros”, y si bien “ya no apelan al crimen organizado, no por eso han abandonado la meta final que también caracterizaba a sus antecesores: la búsqueda del poder”.⁵⁴ La diferencia, estaba en que habían modificado su estrategia:

siguiendo las lecciones del comunista Italiano Antonio Gramsci, quien ya no proponía conquistar el poder por medio de la violencia, sino a través de la conversión cultural de la clase media, los montoneros de hoy apelan a ganar, mediante la ley de medios, la batalla cultural.

En tensión con ellos, ubicó a la rama sindical liderada por Moyano, cuya estrategia era opuesta debido a que “la ideología sindical cuyo origen, como el del primer Perón no por cierto en la versión del último Perón, es fascista”. Los moyanistas también querían el poder, y tanto éstos como el núcleo duro del kirchnerismo “buscan un poder no domesticado por las instituciones democráticas”.

Se planteaba entonces la pregunta: “si los grupos de poder cuya tensión rodea a la presidenta son, ambos autoritarios, ¿Dónde están los republicanos, donde están aquellos que no creen en la unidad del poder sino en la división de poderes?”⁵⁵ Si la única respuesta era que

comunicación y el análisis de discurso, para referirnos al entorno discursivo presente en el texto (periódico), es decir, aquellos elementos que preceden y que les siguen al uso de los términos mencionados, que forman parte de otras notas y/o secciones del diario, pero que hacen a su contexto de interpretación.

⁵³ Ibidem.

⁵⁴ Ibidem.

⁵⁵ Ibidem.

estaban en la “vacilante oposición”, la batalla por la llamada “república democrática” estaba perdida, puesto que el kirchnerismo era un claro ganador. El tercer sujeto en tensión dentro de los ganadores -y único en cualidades republicanas- era el sciolismo, por lo que Grondona concluía que si “Cristina se replegara y fuera sustituida por la candidatura presidencial de Scioli, diríamos que los republicanos podrían ganarla”.⁵⁶

Para llegar a tal conclusión, recurrió a la tesis desarrollada por Rosendo Fraga en un artículo del diario *Clarín*, en el que sostuvo que el “republicanismo democrático” se encuentra en los seis mayores distritos de la Argentina, Córdoba, Buenos Aires, Capital Federal, Santa Fe y Entre Ríos puesto que en ellos se han dado desde 1983 las siguientes características: no tienen reelección indefinida, respetan la conformación de la Corte Suprema, el Ejecutivo es minoría en las Cámaras legislativas y el presupuesto es aprobado por consenso. Para Fraga -y por ende, para Grondona- estos distritos son “democráticos”; en el resto de las provincias, las llamadas “chicas”, estas condiciones no se dan y son “autoritarias”. El corolario era que “el orden nacional estuvo casi siempre conducido por el “hegemonismo pequeño-provincial” desde Menem hasta los santacruceños Kirchner”.⁵⁷

La concepción desarrollada, una vez asumida implícitamente la derrota en la arena democrática, fue que la construcción discursiva del kirchnerismo como un gobierno autoritario para deslegitimar su acción política, necesitaba proveerse de nuevos elementos que se sumaran a la cadena significativa del desprestigio. La legitimidad democrática del kirchnerismo en la ejecución de la política nacional se cuestionaba por su contenido “populista” en la representación política, la participación ciudadana y las políticas públicas y su origen político/territorial.

En este sentido, ya en el transcurso del año 2012 el diario asumió una abierta oposición a los planteos de reforma constitucional para integrar como derechos constitucionales los avances en política social del kirchnerismo, reduciendo la cuestión a la reelección presidencial: “en esta parte del mundo, el peligro no está en el gobierno

⁵⁶ Ibidem.

⁵⁷ Ibidem.

de las leyes, sino en la peligrosa combinación entre populismo y reelección indefinida, el resultado no es otro que la exacerbación del hiperpresidencialismo”.⁵⁸ En este caso, el antirrepublicanismo estaba asociado a la idea de “la presidencia perpetua” violatoria del principio de limitación del poder -entendido en este caso como limitación del mandato- al cual se subordina el principio republicano de soberanía popular, cuya síntesis sería que el pueblo es el que decide quién y cuánto gobierna.

Otro de los ejes el cual se intentaba “dar cuenta del antirrepublicanismo k”, era el de la limitación entre los tres poderes del Estado. Con respecto al Poder Legislativo, cuando las Cámaras se expedían convirtiendo en ley los proyectos impulsados por el Poder Ejecutivo, se lo calificaba como una mera escribanía, un espacio de refrendamiento de los dictados presidenciales donde no tenían lugar los debates, las negociaciones y las modificaciones resultantes, propios del juego democrático.

Del mismo modo, cuando la Justicia se expedía en el sentido que esperaba, el medio le atribuía independencia, y en caso contrario decía de ella que estaba cooptada o avasallada por la arrogancia presidencial. El caso más representativo fue el de los juicios por los crímenes de lesa humanidad cometidos durante la última dictadura cívico militar, puesto que es el tema sobre el cual el diario adoptó una postura abiertamente defensora de lo actuado por la misma.

La presión política sobre la justicia de ciertos sectores del oficialismo para que condene a dirigentes empresarios en casos referidos a la violencia de los setenta ha crecido enormemente (...) Esta nueva avanzada se relaciona con la intención de sectores radicalizados del entorno de la Presidenta de hacer llegar la acción punitiva a los funcionarios civiles del Proceso y a los líderes empresarios o intelectuales que le hubieran manifestado oportunamente su adhesión (...) los jueces y magistrados reciben esta fortísima carga, a la que se agregan manifestaciones, presiones y escraches en sus juzgados(...) el grado de intimidación y acoso que existe

⁵⁸ Dalla Vía, Alberto Ricardo. “¿Para qué reformar la Constitución?”, *La Nación*, 26/05/12.

sobre la justicia es tan evidente como difícil de soportar (...) por otro lado, la creciente extensión del juzgamiento de empresas y personas civiles demuestra la existencia de la misma asimetría y absoluta parcialidad que se ha venido aplicando en el juzgamiento de militares y civiles.⁵⁹

El poder como propiedad privada

Otra de las construcciones discursivas recurrentes en el período analizado fue la que definió el ejercicio del poder como un objeto de propiedad privada del “matrimonio Kirchner”, su máspreciado “bien ganancial”. Sobre esta premisa giró el editorial de Joaquín Morales Solá publicado en el aniversario del inicio del gobierno de Néstor Kirchner.⁶⁰ En un inicio partió de reconocer la necesidad de reconstituir la autoridad presidencial, puesto que

la propia institución presidencial cayó entre los derrumbes de 2001 y 2002 cuando se sucedían presidentes como si fuera un casting de malos actores(...).Kirchner tuvo una pequeña base donde hacer pie para iniciar dos cosas: su propia campaña electoral y, luego, la reconstrucción del poder político desde la presidencia. Quizás era necesario también un golpe sobre la mesa para imponer, de nuevo, un sentido de autoridad perdido, pero el problema surgió cuando esa estrategia circunstancial se convirtió en un método.⁶¹

Para el periodista, tal “método” caracterizó a los gobiernos kirchneristas:

Hay huellas que marcaron a los tres períodos, aunque hayan tenido intensidades distintas. El desprecio a los partidos políticos y el enfrentamiento constante con importantes sectores sociales, como los empresarios, la iglesia, los principales países del mundo,

⁵⁹ “Editorial I. Persecución a empresarios”, *La Nación*, 22/05/12.

⁶⁰ Morales Solá, Joaquín. “El poder como propiedad privada”, *La Nación*, 25/05/11.

⁶¹ *Ibidem*.

y sin duda la prensa indócil (...) Sin embargo influyó más en los Kirchner, en todos los casos, la decisión política de no compartir el poder con nadie. **El poder y el Estado** pasaron a ser considerados no un bien común del sector político gobernante (que hubiera sido ya una grave deformación del sistema democrático), sino una **propiedad privada del matrimonio** que accedió al poder el 25 de mayo de 2003.⁶²

Partiendo de esta idea, sostuvo que el enorme consenso social obtenido por el kirchnerismo entre diversos sectores de la sociedad, que pasaron a identificarse con “esas políticas” y con “esas personas”, se debió a que el matrimonio presidencial supo advertir los “rencores acumulados entre antiguos sectores marginados y los llevó a éstos al centro de la decisión política”. La política de derechos humanos, la redistribución del ingreso y la integración de sectores excluidos de la vida socioeconómica, las nacionalizaciones y estatizaciones, y, en suma, el resto de las políticas de Estado que caracterizaron al período, cumplieron la función de ser auxiliares de una retórica articulada para convencer y sumar voluntades sociales colectivas de la esfera pública a un proyecto individual, con origen y destino en la esfera particular.

Es decir, la construcción discursiva del kirchnerismo como antirrepublicanismo autoritario, como un poder emancipado de la voluntad popular y puesto por encima de sus expresiones democráticas, choca con la legitimidad que el gobierno tenía en ese contexto político. En la explicación encontrada por *La Nación*, tal contradicción se “resuelve” excusando a los buenos ciudadanos convencidos/engañados por el resultado de su elección, puesto que no pueden elegir libremente en tanto ven una realidad configurada desde el centro del “poder estatal”.

Por cierto que en esta visión la oposición era funcional a esta realidad:

Los Kirchner se han beneficiado también con una oposición política ciertamente impotente. El problema no es que los opositores hayan cometido errores, comunes a la naturaleza hu-

⁶² Ibidem.

mana, sino que ardieron en el fuego de egoísmos, vanidades y competencias inútiles”.⁶³

En principio, la referencia en singular a “la oposición” implicaba que era concebida como un único sujeto. La “oposición” era todo lo que no estaba con el kirchnerismo pero que además se le oponía, lo combatía, con el mandato de desalojarlo del poder político. Este mandato era, para el discurso de *La Nación*, el fin último de la política de la oposición, el altar donde debían sacrificarse los contenidos, las identidades políticas, los sujetos y los intereses sociales, políticos y económicos a veces antagónicos que los distintos partidos opositores se proponían representar. El mandato mediático les imponía lo imposible: que dejaran de ser lo que cada uno era para instituir un sujeto colectivo ideal, homogéneo, alineado con la idea de combatir al kirchnerismo. Como tal dilución de tradiciones, experiencias e identidades disimiles era imposible, irreal, la respuesta condenatoria del columnista se retira de la política al campo más particular de la condición humana, en el que juegan el “egoísmo”, la “vanidad”.

Néstor vs. Cristina: Evitismo, el kirchnerismo como antiperonismo

En el contexto de 2011 comenzó también otra estrategia que se basó en establecer diferencias al interior del kirchnerismo, y que se profundizó durante 2012. Así se retomó la figura de Néstor como conciliador y se construyó la de Cristina como lo opuesto, es decir, como intransigente e incapaz de escuchar y entablar diálogos.

Néstor Kirchner era un político más clásico en el fondo, estallaba en altercados con la misma frecuencia con que se reconciliaba. Su esposa es una persona de amores y de odios, que casi no deja margen a los matices. Hay, desde la muerte del ex presidente, una mayor y más alisada disciplina en el oficialismo, porque todos suponen que un fastidio de la Presidenta puede ser una herida política mortal. El riesgo es el aislamiento.⁶⁴

⁶³ Ibidem.

⁶⁴ Ibidem.

La frase de Morales Solá sintetiza una segunda instancia en la construcción discursiva del ejercicio “privado/autoritario” del poder político. Esta cuestión se asentó en una mirada profundamente anti política, en el sentido de pensar que las motivaciones de los protagonistas no se basan en proyectos políticos, formas de articular con diversas fuerzas, modos de pensar la nación, sino que lo que moviliza al kirchnerismo es sencillamente el poder, entendido como elemento desvinculado de su dimensión de proyecto político. Esta interpretación de las motivaciones últimas de todas las acciones del gobierno atravesó íntegramente el período analizado, aunque se acentuó en la última parte. A su vez, esa mirada anti política se contrapone a una reivindicación del pasado en el cual las acciones políticas no estuvieron destinadas a concentrar poder, sino más bien a contribuir a la grandeza de la patria. En ese aspecto marcó un alejamiento cada vez mayor de los supuestos ideales de la Revolución de Mayo de 1810.

La recurrencia a la diferenciación de liderazgos entre Néstor y Cristina, tuvo un segundo momento, en el cual el diario intentó “dar cuenta” de la conducción del proceso político. En ese marco, acuñó el concepto “evitismo”, con el cual se refería a la izquierda peronista de los años setenta, a la que acusaba de haber apelado a una reconstrucción de la figura de Eva como la antítesis revolucionaria de Perón. La estrategia de aquella izquierda se basaba en radicalizar el proceso político para dotarlo de una impronta revolucionaria, alejándolo del contenido originario del peronismo.

Hoy experimentamos un fuerte revival setentista, y a un peronista feudal (Néstor) le sucedió una *evitista* de primer orden: Cristina. Es tan evitista Cristina que copia hasta el asombro los gestos y tonos de su maestra, pero lo importante es que empieza a tomar decisiones políticas que se relacionan más con Eva que con Perón. En esto estriba precisamente la tan temida “radicalización” que se insinúa y promete.⁶⁵

Es decir, si para el medio el liderazgo de Néstor significó volver a sentar las bases del populismo en la Argentina, el de Cristina pre-

⁶⁵ Fernández Díaz, Jorge. “El giro evitista de Cristina”, *La Nación*, 22/05/11.

sentó el agravante de ser su giro a la izquierda, la radicalización jacobina del orden democrático para llevarlo más allá de la república liberal capitalista. La muestra de esto era que: “Cristina ha colocado en lugares de poder a neosetentistas (Cristinistas puros) y ha arremetido soterradamente contra el aparato bonaerense y contra una figura central del peronismo: el titular de la CGT, columna vertebral del movimiento”.⁶⁶ Con el evitismo aparecía una nueva antinomia en la construcción discursiva: peronismo vs. kirchnerismo:

El Kirchnerismo es una forma sutil de ser antiperonista(...) Los recién llegados recrean el gran malentendido de aquellos años, cuando militantes pequeño burgueses de izquierda entraron a la política con una visión de vanguardia, le quisieron explicar el peronismo a Perón y pretendieron manejar a su fuerza invertibrada.⁶⁷

El “giro a la izquierda” implicaba un nuevo elenco de actores -los “jóvenes K”- desplazando a las viejas huestes “peronistas”. La disputa política por la conducción del proceso se trasladó al interior del arco gobernante y, por lo tanto, la estrategia discursiva de *La Nación* apuntó a la ruptura de la construcción política en ejercicio del poder. En este sentido se pueden comprender los editoriales y artículos, puesto que la separación peronismo/kirchnerismo constituyó una línea argumental más en la forma de cuestionar el sujeto kirchnerista.

Conclusiones

La crisis de 2001 implicó, para los sectores conservadores, una oportunidad de exponer sus ideas acerca de cómo debía reconstruirse la sociedad argentina para superar las décadas de “fracasos”. No obstante, la etapa analizada asociada a la disputa en torno a la resolución 125 constituyó justamente la antítesis de la utopía de *La Nación*, puesto que la recomposición política argentina consolidó la peor de sus pesadillas: el retorno del populismo.

Estos elementos simbólicos que estructuraron la identidad fueron detectados en los editoriales de las semanas de mayo. Éstas se

⁶⁶ Ibidem.

⁶⁷ Ibidem.

constituyeron en momentos de expresión de la identidad política del diario, que articuló la coyuntura propia de cada uno de esos años con una mirada de largo plazo en la que exponía el rumbo que debía tomar la Argentina hacia el futuro. En tal perspectiva, los editoriales y notas de opinión publicados por *La Nación* buscaron actualizar el modelo agroexportador en nuestro tiempo histórico y proyectarlo para el futuro inmediato. Este proyecto político, económico y social se ha constituido como el principal mito fundante del pensamiento liberal conservador en nuestro país. Las políticas de Estado que se apartan de sus premisas son conceptualizadas desde su campo semántico como “desvíos que obstruyen nuestro camino hacia un destino próspero”; por lo tanto, como productos de un mal gobierno.

Tanto los editoriales como los artículos de opinión abrevaron en una simplificación de la visión sarmientina de “civilización y barbarie”, entendiéndolo por la primera etapa interrumpida en 1930 que surgió de la Revolución de Mayo de 1810 con el paréntesis rosista. Para el diario, esta manera de interpretar la política se expresa en todos los períodos, de forma tal que existen dos modelos en pugna: el “republicano liberal” versus el “caudillesco populista”.

La etapa analizada es central puesto que, según *La Nación*, lejos de superar la crisis del 2001, que nos dirigimos hacia otra, debido a que la salida no fue un retorno a las bases del país agroexportador liberal sino todo lo contrario: implicó la reconstrucción del populismo. Frente a este último el medio levantó las banderas de un federalismo que fue caracterizado como la expresión del “esforzado labrador” contra el “centralismo redistributista y demagógico”. Esto además, vino de la mano de la prédica en torno a la necesidad de debilitar un Ejecutivo fuerte y suplirlo por un sistema Parlamentario y Judicial de control.

En estas condiciones emergió la demanda de una República frente a lo que se percibía como avances “monárquicos” o “tiránicos”. Es necesario remarcar que la senda correcta para retomar los ideales de la Revolución de Mayo, se basaba en una idea de República entendida dentro de un sistema político que clausura la democratización tanto política como económica y tiende a suplantarla por un espacio de supuesto diálogo y consenso apolítico, en tanto negador del carácter conflictivo de la política.

El mito fundante antes señalado se estructuró sobre dos ejes conceptuales que guardan continuidad para el ideario liberal conservador. Uno de ellos es el liberalismo económico y la interpretación negativa del control estatal. El otro, y principal, es la apelación a un discurso republicano desde el cual se postula como condición de ser de un “nuevo” orden político y social a una democracia semántica, con la cual se busca clausurar el proceso democrático real.

El diario *La Nación* se posicionó frente a un proceso de superación de la crisis de 2001 que instituyó un orden político caracterizado por ampliar los márgenes de acción de los representantes del pueblo, y en esa dirección incorporó derechos de ciudadanía, intervino en la distribución de la renta y legitimó políticamente a sectores y grupos postergados de las decisiones sobre lo público. En ese marco, los lineamientos y el curso que tomaron los gobiernos kirchneristas fueron interpretados como una reactualización populista y, por ende, un alejamiento de la tradición republicana -en los términos construidos por el medio- que encuentra su raíz en 1810.

Este distanciamiento de los ideales de Mayo se explicó por las acciones gubernamentales, pero también constituía un alejamiento de lo que entendían como buenas prácticas políticas. Esto último se relaciona sin dudas con el sujeto político habilitado por la interpretación del medio para manifestarse y expresar demandas al sistema político. Allí es central la categoría “la gente”, como construcción ideal de un sujeto “conciliador”, que expresa una voz general de transparencia, valores republicanos, ética, pero que no disputa intereses.

Es en este sentido que planteamos la concepción anti política. Esta forma de construir la acción política contribuye a deslegitimar la movilización política, que es explicada en términos de interés material. Es decir que la acción del sujeto popular estaría siempre motivada por la búsqueda de alguna retribución económica y no por la transformación social o por ideales. La acción colectiva es entonces cuestionada, y en su lugar aparece reivindicada la acción individual portadora de una pureza intencional.

Los autores

Guillermo Oscar Quinteros

Profesor, Licenciado y Doctor en Historia. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Se ocupa de temas vinculados a la historia social de la primera mitad del siglo XIX, como así también de los periódicos, el periodismo y la política de los siglos XIX y XX. Dicta la materia “Historia de las Ideas y Procesos Políticos II” en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, “Problemas de Historia Argentina” e “Historia Argentina 1” en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación -UNLP-. Ha publicado numerosos trabajos en órganos de divulgación científica del país y del exterior. Ha dirigido proyectos y programas de Extensión Universitaria y, actualmente, es Director de un proyecto de Investigación, de Becarios y de Tesistas de Posgrado.

María Elena Infesta

Profesora y Doctora en Historia. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Se ha ocupado de temáticas relativas a las tierras públicas en Buenos Aires en la primera mitad del siglo XIX y de problemáticas referidas a cuestiones políticas y sociales del mismo siglo. Ha dictado Materias y, numerosos Cursos y Seminarios tanto en Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP como en otras Universidades del país. Entre los trabajos que publicó se destaca La pampa Criolla. Usufructo y apropiación de tierras públicas en Buenos Aires, 1820-1850, EUDEM, 2007. Dirige proyectos de Investigación, Becarios y Tesistas de Posgrado.

Paula Salguero

Profesora en Historia y Licenciada en Comunicación Social. Fa-

cultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; y Facultad de Periodismo y Comunicación Social -respectivamente- de la Universidad Nacional de La Plata. Se desempeña como Docente de la Materia “Historia de las Ideas y Procesos Políticos II” en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP. Doctoranda en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, se ocupa de temas sociales y políticos de la historia argentina del siglo XIX. Publicó numerosos artículos en Revistas Científicas de la especialidad.

Fabio André Guterres Ludwig

Licenciado en Comunicación Social. Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Se desempeñó como docente en la Materia “Historia de las Ideas y Procesos Políticos II” en la citada Unidad Académica. Integró proyectos y programas de Extensión Universitaria y proyectos de Investigación, publicando -en colaboración- sus resultados en revistas científicas nacionales y del exterior, como por ejemplo: (en colaboración con Guillermo Quinteros) “Avisos publicitarios y Revolución de Mayo en la prensa gráfica. ‘El Día’, 1943-1958”, en *Historia Crítica*, N° 42, 2010, Departamento de Historia de la Universidad de Los Andes, Bogotá D. C.-Colombia.

Catalina Curciarello

Profesora en Historia. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Maestranda en Historia y Memoria en la misma Facultad, se ocupa de temáticas relativas a las cuestiones que aquí publica. Integra el equipo interdisciplinario del proyecto de Investigación que se desarrolla en el marco del Programa de Incentivos a la Investigación.

Sandra Santilli

Licenciada en Comunicación Social. Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Se desempeña como docente en la Asignatura “Historia de las Ideas y Procesos Políticos II” de la citada Unidad Académica. Doctoranda en el Programa de Doctorado en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, se ocupa de problemáticas referidas a la

violencia política de las décadas de 1970 y 1980 en la Argentina. Ha participado en proyectos y programas de Extensión, como así también participa en proyectos de Investigación, publicando sus resultados en revistas científicas de cada especialidad.

Julia de Diego

Licenciada en Comunicación Social. Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Se desempeña como docente en la Asignatura “Historia de las Ideas y Procesos Políticos II” de la citada Unidad Académica. Becaria del CONICET, cursa sus estudios de Doctorado en Ciencias Sociales en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Se ocupa de temas relativos a los medios de comunicación gráficos y política durante los años recientes, publicando sus resultados de investigación en órganos de divulgación científica.

Julián Fontana

Licenciado en Comunicación Social. Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Forma parte del equipo de Investigación del Laboratorio de Estudios en Comunicación, Política y Sociedad de la citada Facultad e integra el Proyecto de Investigación en curso.

Mauricio Schuttenberg

Licenciado en Comunicación Social. Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Magister en Ciencias Políticas y Doctor en Ciencias Sociales (FLACSO). Dicta la materia “Historia de las Ideas y Procesos Políticos II” en la citada Unidad Académica. Investigador del CONICET, ha desarrollado temas relativos a los movimientos sociales, publicando numerosos trabajos en revistas y libros de divulgación científica. Actualmente se ocupa de las trayectorias de las “derechas” en la Argentina de las últimas décadas.

Este libro está compuesto por seis capítulos, cada uno de los cuales aborda un período particular de la historia política argentina. Poseen el común denominador de ocuparse de la conmemoración de la Revolución de Mayo de 1810, vista a través de periódicos impresos. Es así que el lector encontrará a los autores trabajando tanto con La Gaceta Mercantil, un periódico característico del siglo XIX, como con los diarios El Día o La Nación, de plena vigencia en la actualidad. ¿Existe una necesidad de conmemorar las fechas patrias? ¿Por qué y para qué se celebra una y otra vez, año tras año, un acontecimiento como el citado? Éstos son algunos de los interrogantes que intentan responder los autores. Todos ellos pertenecen al equipo interdisciplinario que desarrolla un proyecto de Investigación en el marco del Programa de Incentivos a la Investigación de la Universidad Nacional de La Plata.



Centro de Historia Argentina y Americana
(FaHCE, IdIHCS, UNLP-CONICET)
Laboratorio de Estudios en Comunicación, Política y Sociedad
(Facultad de Periodismo y Comunicación Social)
Universidad Nacional de La Plata
ISBN 978-950-34-1052-3